

José Antonio ALCÁIN, *La Tradición*, Universidad de Deusto, Bilbao 1998, 767 pp., 15 x 22, ISBN 84-7485-543-8.

El lector que se enfrenta con la lectura de esta obra tan amplia y ambiciosa descubre pronto que se encuentra ante el trabajo de un profesor preocupado por la transmisión del conocimiento teológico. Pero, por si a alguien le hubiera pasado inadvertido el carácter académico del volumen, el autor —profesor en la Facultad de Teología de la Universidad de Deusto, en Bilbao— afirma expresamente que la obra que comentamos está pensada en función de la enseñanza. Parece lógico pensar, por tanto, que su autor nos ofrece, reunidos y ordenados, los materiales preparados a lo largo de sus años de enseñanza.

Alcáin considera que esta obra es un «tratado». Tener en cuenta la idea de la que ha partido el autor ayuda a comprender el contenido de su trabajo, que no ha sido pensado como una monografía sobre la naturaleza de la tradición, al modo, por ejemplo, de *La tradición y las tradiciones* de Congar, sino como un lugar en el que el estudiante de teología puede encontrar desarrolladas las cuestiones que tienen que ver con la tradición y su función para la teología.

Ya en la Introducción de la obra, el autor distingue dos sentidos de tradición. El primero es el de la tradición apostólica, es decir toda la tradición que proviene de Cristo y llega a nosotros a través de los Apóstoles. En el segundo sentido, más restringido, se entiende por tradición la tradición apostólica oral, es decir la tradición que llega a nosotros por un cauce distinto de la Escritura. «En este tratado, a la palabra “tradición” se le da habitualmente este segundo sentido. A veces se le da su sentido más amplio» (p. 19).

A esta primera aclaración se añade una segunda sobre el punto de vista y la finalidad con que la tradición es aquí considerada. Alcáin afirma que aborda el tema en el sentido de la Metodología Teológica que «contempla la tradición desde el punto de vista de la elaboración de la teología dogmática y pregunta si

la tradición es un punto de referencia válido para garantizar la verdad de sus asertos. En este tratado, la tradición es contemplada desde el punto de vista de la Metodología teológica» (p. 19). Estamos, pues, ante un tratado sobre la tradición, que tiene su lugar entre la epistemología teológica y más concretamente tiene que ver con una actualización del esquema del tratado clásico *De Locis*.

Afirmada la perspectiva en la que se sitúa, se debe prestar atención ahora al método elegido por el autor. Una elección se imponía, confiesa. Concretamente había que elegir, en primer lugar, entre un método heurístico (que parte de problemas e intenta llegar a soluciones) o el método didáctico (que parte de saberes adquiridos e intenta transmitirlos eficazmente). En segundo lugar, se imponía una elección entre un método de teología dogmática o fundamental. El autor no ha querido, de todas formas, renunciar a ninguna de las ventajas de esas diversas posibilidades y ha intentado recogerlas todas de algún modo por medio de una distribución de cada capítulo en tres partes: histórica, dialéctica y sistemática. Más adelante nos referiremos a esta distribución del material.

Los diversos temas que aparecen en esta obra vienen agrupados en diez capítulos. De ellos, el fundamental es el primero sobre la tradición no escrita, al que el autor dedica casi un centenar de páginas. En él se refiere a algunos Padres de la Iglesia cuyo testimonio es capital para la tradición, concretamente Ireneo, Tertuliano y Vicente de Lerins. A continuación se ocupa de la doctrina de Lutero sobre la tradición, así como de la enseñanza de los Concilios de Trento y Vaticano II. Incluye también una exposición de la Conferencia Fe y Constitución, de Montreal.

Los capítulos siguientes abordan la Fe de la Iglesia (cap. 2), el magisterio de los obispos (cap. 3) y del Papa (cap. 4), los concilios ecuménicos y la recepción eclesial (cap. 5), los Santos Padres, teólogos y doctores (cap.6), la liturgia (cap. 7), la santidad de la Iglesia (cap. 8), kerigma, credo, dogma (cap. 9) y finalmente la evolución del dogma (cap. 10). al final, Alcáin ofrece una recapitulación de la temática.

El primer mérito que hay que reconocer a esta obra es el de ser ambiciosa. Alcáin no ha querido renunciar a ofrecer una información y una reflexión sobre múltiples cuestiones relacionadas con la tradición, cada una de las cuales presenta a su vez diversos aspectos para la reflexión. Se ha ocupado incluso de temas que sólo en un sentido lato entran dentro de su campo. Así sucede, por ejemplo con las páginas dedicadas al papel de Pedro en la primitiva comunidad o respecto a la santidad de la Iglesia. Quizá, sin embargo, cuestiones como éstas, que son densas desde un punto de vista dogmático, hubieran quedado mejor fuera, ya que de otro modo el tipo de tratamiento que se hace de ellas es casi necesariamente incompleto desde un punto de vista teológico. En cambio,

hubiera sido muy oportuna una reflexión teológica sobre la tradición, y concretamente sobre su origen cristológico y peneumatológico.

Pero lo que merece un comentario mayor es la estructura de cada capítulo. Como ya se ha señalado más arriba, Alcáin trata cada cuestión en tres aproximaciones: histórica, dialéctica y sistemática. La primera y la tercera parecen claras, ya que se trata de recoger la historia de cada cuestión y la doctrina actual de la Iglesia católica, respectivamente. El autor realiza ambas con competencia y claridad expositiva. Se aprecia, de todos modos una dependencia predominante de obras de los años 60 y 70 (aunque las relaciones bibliográficas al final de cada capítulo están bastante actualizadas).

La parte dedicada a la dialéctica ofrece más flancos a la valoración crítica. En la dialéctica Alcáin abre el campo a la discusión a tres niveles: diálogo intraeclesial (dentro de la teología católica), intereclesial (entre cristianos, católicos o no) y extraeclesial (católicos, cristianos y no cristianos). Las consecuencias de este planteamiento son fundamentalmente dos. La primera es que el campo de estudio se abre tanto que es prácticamente inabordable. Se puede abarcar la reflexión intraeclesial; más difícil es la intereclesial, si se pretende ir más allá de dos o tres autores o casos más conocidos. Lo que resulta imposible es tratar con un mínimo de plenitud el diálogo extraeclesial, porque el tipo de investigación que para ello se precisa desborda las posibilidades de una obra por ambiciosa que sea. Un ejemplo de esto lo ofrece la parte dedicada al diálogo extraeclesial del capítulo 1, el más importante de toda la obra. El autor se refiere a la crítica del conocimiento y acción que dependen de una tradición. La cuestión es sumamente compleja como para intentar abordarla a fondo, por lo que se limita a algunas referencias a Freud, Marx, Popper, Gadamer y Habermas que ocupan solamente cinco páginas.

La segunda consecuencia del apartado «dialéctica» de cada capítulo es que el resultado final de la discusión no siempre es plenamente coherente con lo que el autor afirma en la parte sistemática. Así sucede, sobre todo, en los capítulos dedicados al magisterio, en los que parece haber divergencias entre lo que afirma en un lugar y en otro. Por un lado, en la dialéctica se muestra dispuesto a aceptar algunas reservas de diversos autores, pero en la parte sistemática se refleja otra actitud mucho más clara y positiva.

Los riesgos que aquí hemos comentado son resultado de lo que no merece sino elogios: la originalidad del autor que no ha querido seguir caminos demasiado trillados, sino intentar otras formas de exponer la riqueza y los problemas que plantea la tradición en cuanto fuente de la teología. A este mérito se une la abundante información que ofrece sobre tantas cuestiones. Por todo ello, la obra de Alcáin es, a partir de ahora, un punto de referencia obligado

para todos aquellos que quieran trabajar sobre el significado y función de la tradición en la Iglesia.

César IZQUIERDO

Juan ARANA, *Las raíces ilustradas del conflicto entre fe y razón*, Encuentro, Madrid 1999, 199 pp., 15 x 23, ISBN 84-7490-536-2.

Puede extrañar al lector la disparidad entre la extensión del tema invocado por su título y el somero número de páginas que lo integran, sobre todo conociendo la trayectoria intelectual de su autor, especialista en historia de la ciencia moderna, formado en una tradición de exactitud kantiana, cuyas publicaciones son extremadamente precisas.

Según se lee en la nota preliminar de esta obra, su texto ya redactado como ensayo, fue publicado fragmentado en forma de artículos en revistas científicas; y, por fin, recobra ahora su original unidad. Esta unidad, como percibirá el lector, no es la de una prolija historia de las relaciones entre fe y razón durante el periodo ilustrado. El presente libro debe interpretarse, en mi opinión, como *un experimento* (en el sentido que adquiere este término con la ciencia moderna).

El Capítulo I («Las relaciones entre la nueva ciencia y la religión tradicional durante la Ilustración») se plantea la hipótesis científica que ha surgido en la mente del autor gracias a su familiaridad con la materia en cuestión. En el siguiente, describe y realiza el *experimento* en cuanto tal: muy detallada y exactamente se estudian las actitudes de D'Alambert, Maupertius y Euler sobre las relaciones entre ciencia y fe. Se trata de tres Autores cuidadosamente elegidos, en cuanto figuras paradigmáticas de tres posturas ampliamente difundidas entre los ilustrados: escepticismo, esfuerzo de síntesis fe/razón y fideísmo.

Los Capítulos III-V están compuestos por una selección de textos de estos tres autores. A través de su lectura y análisis el lector puede verificar la solidez de la hipótesis experimental.

Por último, en un breve y jugoso «Apéndice polémico», el autor se permite reflexionar, a la luz de los resultados obtenidos en su investigación histórica, sobre el problema filosófico que sigue teniendo actualidad: «¿Hay una hostilidad inevitable entre la fe y la razón?».

Hasta aquí una descripción y una interpretación de la obra de Juan Arana. Vamos a entrar ahora en la materia que en ella se discute.